

EXAMINANDO A FOUCAULT DESDE SU OBRA *DEFENDER LA SOCIEDAD*

Michel Foucault, *Defender la Sociedad*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2001.

Maximiliano E. Korstanje

Universidad de Palermo, Argentina

Sin lugar a dudas, nuestra época moderna se encuentra proclive al aumento de la incertidumbre, los conflictos y los imprevistos. O por lo menos así lo percibimos aquellos que como simples ciudadanos nos ha tocado la suerte o desgracia –depende el ángulo- de vivir y pensar en este tiempo. En este contexto, la obra del profesor Foucault *Defender la Sociedad* permite una mejor comprensión de la lógica bipartita del poder como así también los diferentes mecanismos que ligan a la sociedad con el discurso, la historia, la ley y las fronteras preestablecidas. En el fondo, el filósofo francés llama la atención sobre los discursos hegemónicos y los dispositivos de poder como generador de personalidad.

Originalmente en su trabajo académico, M. Foucault se encontraba avocado a dilucidar la relación que existe entre las estructuras sociales, el poder y la imposición de la verdad como mecanismo simbólico de adoctrinamiento interno. *Defender la Sociedad* se compone de varias lecciones durante 1970 en el College de France en donde el autor re-organiza, retoma y articula algunas de sus tesis sobre la microfísica del poder y la genealogía de la raza o racismo (para algunos en la misma, para otros en otra dirección de lo que ya venía trabajando hasta ese entonces). Por lo menos, eso demuestra la primera de sus conferencias, un texto de excelente calidad académica –sino el mejor de todo el libro- en donde el filósofo francés desarrolla su propia concepción de hegemonía, territorio y política. En palabras del propio autor, “*en una sociedad como la nuestra ... múltiples relaciones de poder atraviesan, caracterizan, constituyen el cuerpo social; no pueden disociarse, ni establecerse, ni funcionar sin una producción, una acumulación, una circulación, un funcionamiento del discurso verdadero. No hay ejercicio de poder sin cierta economía de los discursos de verdad que funcionan en, a partir y a través de ese poder. El poder nos somete a la producción de la verdad y sólo podemos ejercer el poder por la producción de la verdad. Eso es válido en cualquier sociedad, pero creo*

que en la nuestra esa relación entre poder, derecho y verdad se organiza de una manera muy particular” (Foucault, 2001: 34).

Del párrafo precedente se desprende la idea de “una economía de la verdad” cuya función principal es sentar las bases sociales e institucionales para el ejercicio del poder. El discurso, por su parte, que se construye en torno a determinado valor social el cual se encuentra estructurado por una producción, circulación y recepción de la “supuesta verdad”. En consecuencia, Foucault infiere que el poder adquiere su razón de ser (práctica) en la credibilidad de lo que llaman “verdad”. La Ciencia considerada el instrumento hacia la verdad no escapa tampoco a la crítica exhaustiva del pensamiento de este brillante filósofo. Foucault llama “genealogía” al bagaje teórico popular que no llega a articularse como una Ciencia propiamente dicha. Desde su perspectiva, las genealogías (como la antipsiquiatría) se mantienen en el pensamiento popular intentando dialogar con la Ciencia. Sin embargo, ésta última no sólo la ignoraría sino que bajo un inmutable silencio tendería a trivializar los hallazgos de la primera. Particularmente, las genealogías deben definirse como “anti-ciencias” o “como una insurrección de saberes. La Ciencia es en sí una voluntad fuerte de ser poder, y en consecuencia los intelectuales serían de alguna manera funcionales a la estructura política. El sistema se reserva para sí el adoctrinamiento por parte del pensamiento de la misma manera que lo hace con el cuerpo; por medio de la regla moral.

Explica el profesor Foucault que el derecho no se constituye necesariamente como un instrumento de legitimidad (luego de la caída del Imperio Romano y el advenimiento de la Edad Media) sino por el contrario como una forma de poder coactivo y de dominación de un grupo sobre el resto de la sociedad. El derecho romano ha sentado las bases de la jurisprudencia y la soberanía de los Estados-Nación generando lazos de adoctrinamientos internos. Aquellos en disidencia con los postulados del derecho son encerrados en prisiones o institutos mentales bajo amenaza de castigo físico. El postulado foucaultiano desafía la concepción inicial de T. Hobbes con respecto a Leviatán, construcción figurada en donde todos depositan su confianza. El Estado y el derecho serían según el desarrollo del filósofo francés construcción de pocos para el adoctrinamiento voluntario de todos. No obstante, en concordancia con N. Luhmann, el poder en Foucault no es estático sino que circula generando “cadenas de poder”. No es posible según su argumento hablar de localización del poder, sino circulación o funcionamiento del poder. Quien hoy sufre el poder puede el día de mañana ejercerlo. La persona es una construcción misma del poder cuyo destino es circular en torno a la sociedad. En otras palabras, la sociedad y su sostén político están ubicados de tal forma que en cuanto resultados constitutivos de su accionar, los hombres no se conforman frente-al poder, simplemente son lo que resulta.

Para Foucault, la guerra no debe ser comprendida como la continuación de la política sino como la expulsión del Estado de Derecho a sus límites externos, dando origen al discurso de la sociedad misma. Dice, al respecto, nuestro filósofo *“la paradoja surge en el momento mismo de esa transformación (o tal vez inmediatamente después). Cuando la guerra fue expulsada a los límites del*

Estado, centralizada a la vez en su práctica y rechazada a su frontera, apareció cierto discurso: un discurso extraño, novedoso. Novedoso, en primer lugar, porque creo que fue el primer discurso histórico político sobre la sociedad y resultó muy diferente del discurso filosófico jurídico que solía tener vigencia hasta entonces (Ibíd. 54). La vida no política no representa la paz por otros medios, ni la guerra la continuación de la política. Para Foucault, la guerra se configura como un reestructurador del orden social y no desaparece con la civilidad sino que sigue operando en el interior de la sociedad. Su forma de operación se asocia a la lógica binaria de opuestos. Los grupos civiles se encuentran enfrentados dando origen al conflicto contrastando de dos grupos en pugna. La historia, escribe Foucault, es el discurso de quien “dice la verdad”, su verdad, la verdad que impone por medio de las armas y la masacre dando origen el principio de la ley.

La proposición del discurso político habla de un “nosotros” disfrazando los verdaderos intereses del yo. La verdad sólo es una construcción arbitraria asociada a la fuerza de quien ejercer el poder. El discurso del poder intenta trastocar los valores desde lo oculto, desde abajo, desde lo confuso, por todo aquellos que es “condenado al azar”; la oscuridad de la contingencia y el futuro con el fin de pedir a los dioses que iluminen el camino por medio del trabajo y el orden. Se obtiene de este razonamiento un eje construido en la irracionalidad en forma tosca y bruta en la cual “resplandece” la verdad, a medida que ella se va haciendo más elevada la racionalidad se hace frágil y temporal, vinculada ésta última a la ilusión y la maldad. En el otro ángulo del eje se encuentra la brutalidad que se encuentra en oposición a la maldad. De esta forma, la doctrina jurídica separa la justicia, el bien y la verdad de aquellos azares violentos enraizados en la historia. Sin lugar a dudas, Foucault se encuentra orientado a criticar las malas interpretaciones sobre el legado tanto de Hobbes con su Leviatán como de Maquiavelo con el Príncipe.

La dialéctica del discurso histórico en ambos reivindicaba la figura del monarca, pero ello era en apariencia, en el fondo ella socavaba su más íntegra autoridad y “le cortaba la cabeza al rey”. El discurso de la lucha contra el rey surge a mediados del siglo XVII como resultado de diversos factores. Desde luego, dicha conflagración enmascara la verdadera razón de ser de la política la lucha bipolar entre dos bandos antagónicos sin la cual el poder no puede centralizarse. La “lucha de razas” que ha caracterizado, entonces, al siglo XVII y que se ha prolongado hasta mediados del XX, ha sido la idea primigenia “de defensa de la sociedad” como la entiende Foucault (idea que se desarrolla bajo genealogía del racismo). La centralización y posterior reconversión del discurso con respecto a la lucha, adaptación y eliminación de las “razas” sugiere la idea mítica que sólo una de ellas es la verdadera, la autorizada a ejercer el poder. La norma, de la raza que se autodenomina “superior al resto” se encuentra asociada a la idea de “degeneración” del grupo subordinado e instituye su cuerpo de acción legal-racional en un supuesto consenso del Estado Nación. Escribe textualmente el profesor Foucault “*a partir de ahí, el discurso cuya historia querría hacer, abandonará la formulación fundamental del comienzo, que era ésta: tenemos que defendernos de nuestros enemigos porque en realidad los aparatos del Estado, la ley, las estructuras del poder no sólo no*

nos defienden de ellos sino que son instrumentos mediante los cuales nuestros enemigos nos persiguen y nos someten. Ahora, ese discurso va a desaparecer. No será: tenemos que defendernos contra la sociedad, sino: tenemos que defender la sociedad contra todos los peligros biológicos de esta otra raza, de esta subraza, de esta contrabrazo que, a disgusto, estamos construyendo” (Ibíd. 65).

En consecuencia, la cohesión temporal subsumida bajo la autoridad del Estado se encuentra construida en la necesidad de llevar la guerra hacia fuera de las fronteras; explicado en otros términos, defender la sociedad bajo amenaza biológica, política o militar de un ataque extranjero será el mensaje imperante. El adoctrinamiento simbólico y físico sobre el cuerpo, la reclusión, funcionará como el instrumento de disuasión para que los súbditos se sometan a los deseos del soberano. En este sentido, podemos hablar de un “verdadero racismo de Estado” cuya máxima expresión se materializarán en los siglos posteriores con la adaptación de la teoría darwiniana, la creación de la eugenesia, el asenso de los fascismos en Europa y las democracias occidentales cristianas posteriores, o la guerra fría.

El argumento de Foucault, la historia y el rol del historiador como científico son funcionales al poder hegemónico del momento. La historia y sus métodos no son otra cosa que un ritual más para el fortalecimiento estructural del poder. La historia narrada, escrita y transmitida, es siempre la historia de los triunfadores, los poderosos, los soberanos cuyas acciones le dan “continuidad a la ley”. *“El Yugo de la ley y el brillo de la gloria me parecen las dos caras mediante las cuales el discurso histórico aspira a suscitar cierto efecto de fortalecimiento del poder. La historia, como los rituales, las consagraciones, los funerales, las ceremonias, los relatos legendarios, es un operador, un intensificador de poder”* (Ibíd. 68). El derecho del rey que es fundamentado por medio del relato de sus hazañas va acompañado de la posibilidad de testar a favor de sus herederos. La herencia, y la genealogía surgen como dos mecanismos que replican el discurso histórico del poder. Lo que dice los anales de la historia no sólo fue un evento verídico, sino merece ser contado. No obstante, así como hay un relato que cumple, por sus características de forma, con los requisitos para ser contado, hay otro que es olvidado, desterrado, expulsado hacia fuera de las fronteras del Estado: una historia no contada, mucho menos recordada. La historia idílica de los viejos Imperios refuerza la identidad de los nuevos imperios, como lo fue la relación entre Roma y la Edad Media. La perpetuación del poder exige una representación magna, digna e investigada de sacralidad religiosa.

El discurso político romano tiende a justificar el orden, declarando los derechos sobre el territorio y pacificando el cuerpo social ya sea con violencia o sin ella. Por el contrario, el discurso del siglo XVI y XVII basado en los postulados bíblicos desgarró y fragmenta la sociedad generando la expulsión de lo injusto a los bordes. El orden romano se circunscribía a la forma de representación indoeuropea ligada al funcionamiento de tres órdenes con arreglo a la soberanía; soberanía que es tanto simbólica como territorial. El discurso hebreo en la biblia deshacer esa especie de organización ternaria sino a una

fragmentación binaria del mundo social; a un constante opuesto de enemigos y amigos expresados en dos bandos, justos e injustos, condenados y salvados, ricos y pobres. La historia de Roma había sido adaptada a las necesidades políticas de una Europa que aún (obviamente) no se concebía como medieval. Foucault afirma, en este punto, *“la Edad Media ignoraba, desde luego, que era la Edad Media. Pero también ignoraba, por decirlo así, que no era, que ya no era la Antigüedad. Roma todavía estaba presente, funcionaba como un especie de presencia histórica permanente y actual dentro del medioevo”* (Ibíd. 75). La genealogía de los reyes medievales no se encontraba enraizada en la historia de unos pueblos “bárbaros germánico” carentes de “logos” como lo había sido en la Antigüedad, sino de las costillas de una flamante y gloriosa Roma. Este discurso, que el profesor Foucault ha explicado con exactitud en todo su libro se fundamentaba en el derecho, el respeto a ley, la lógica del conflicto entre dos opuestos, la soberanía, y la genealogía. La reivindicación del conflicto y la imposición de la guerra como forma económica productiva va a reivindicar, según el modelo expuesto, que existen dos grupos cuya conformación étnica no ha sido “mezclada”, que no sólo no han tenido lazos de cooperación o intercambio en el pasado, sino que por diferencias sustanciales (explicadas por incompatibilidad biológica) se han excluido mutuamente. En ese contexto, la historia fundamenta semánticas las bases de lo que hemos de conocer como ideología. La historia crea sentido, y precisamente, por ser lejana en el tiempo se la sacraliza como incuestionable y dogmática.

Un claro ejemplo de lo que expone Foucault se observa hoy día en lo que se denomina fuente histórica. Varios historiadores tienden a trivializar los conocimientos de grupos secundarios bajo criterios específicos de objetividad. Al periodismo se le cuestiona su falta de objetividad a la hora de distribuir la información a su audiencia. Sin embargo, un gran porcentaje de historiadores no dudan en recurrir a diarios y revistas de la época como una fuente de veracidad histórica. Pues la pregunta, aquí, sería simple ¿Qué hace a un periódico del año 1915 más creíble que otro en 2009?. El paso del tiempo combinado a la creación semántica de un arquetipo mítico permite crear un relato anclado en la veracidad del grupo “dominador”. Por su parte, el problema de la raza ha sido un problema del pasado y lo será del futuro. La estatización de lo biológico (por expresión de la manipulación genética), la separación de los grupos étnicos (bajo el cinismo del multiculturalismo) y la defensa de la soberanía (simbolizada en la idea del trabajo del suelo) convergen en la idea que el Soberano y su poder solo son posibles donde el Soberano puede matar.

Para una explicación de mayor profundidad, es necesario remitirse a la cita textual del trabajo, *“y yo creo que, justamente, una de las transformaciones más masivas del derecho político del siglo XIX consistió, no digo exactamente en sustituir, pero sí en completar ese viejo derecho de soberanía- hacer morir o dejar vivir- con un nuevo derecho, que no borraría el primero pero lo penetraría, lo atravesaría, lo modificaría y sería un derecho, o mejor, un poder exactamente inverso: poder de hacer vivir y dejar morir. El derecho de soberanía, es, entonces, el de hacer morir y dejar vivir. Y luego se instala un nuevo derecho: el de hacer vivir y dejar morir”* (Ibíd. 218). Esta transformación puede examinarse en detalle si el lector observa el mensaje de los juristas de

los siglos XVII y XVIII en la posición del Estado con respecto a la vida y la muerte. La protección de la vida da como resultado la construcción de un orden superior como se observa en Hobbes, Spinoza y Maquiavelo. Los “objetos de saber” del Estado-Moderno enfatizan en la demografía, la natalidad y la reproducción mucho más que en la mortalidad. La técnica del poder intenta negar la muerte por medio de diversos instrumentos entre ellos los esfuerzos de la medicina por la prolongación de la vida biológica. Ello le permite a los Estados tomar el control sistemático y global de las poblaciones a nivel mundial. No se trata ahora, de la lucha de unos contra otros, sino de la manipulación bio-política de adiestramiento globalizado. Por tanto, ya no hablamos de una disciplina sino de una regularización. Ya no hace falta dialogar con el “más allá”, *“más acá, por lo tanto, de ese gran poder absoluto, dramático, sombrío que era el poder de la soberanía, y que consistía en poder hacer morir, he aquí, que con la tecnología del bio-poder, la tecnología del poder sobre la población como tal, sobre el hombre como ser viviente, aparece ahora un poder continuo, sabio, que es el poder de hacer vivir. La soberanía hacia morir y dejaba vivir. Y resulta que ahora aparece un poder que yo llamaría de regularización y que consiste, al contrario, en hacer vivir y dejar morir”* (Ibíd. 223). Existe según esta perspectiva una gradual descalificación de la muerte como institución social. La muerte de ser temida en la Edad Media pasó a ser algo vergonzoso, ubicada sin más del lado de lo privado.

El mensaje original de Foucault, luego de examinar la obra de referencia minuciosamente, versa sobre los siguientes puntos principales: a) el poder crea a la persona dotándolo de cierta significación para sí y para los otros, b) la sociedad integrada por relación de guerra constantes fue estabilizada creando círculos de profesionalización técnico militar, c) el estado ha expulsado la guerra hacia sus fronteras pero ella nunca ha desaparecido sino que da sentido al orden social, d) un discurso jurídico e histórico anclado en la soberanía hace de la guerra el fondo de las relaciones de poder, e) la lógica tripartita de la antigüedad es reemplazada por una bipolar propia de la mitología semítica, f) la pretensión de verdad y el discurso histórico son siempre funcionales al poder y al grupo que temporalmente ejerce una posición de poder, g) en contraposición con Hobbes, para Foucault la guerra se funda en el Estado y la posibilidad de evitar el riesgo y el peligro de una verdadera guerra, por lo tanto en una no-guerra y h) la guerra de razas derivada del determinismo biológico del siglo XVII ha tomado dos canales, uno se refiere al avance bio-tecnológico inherente al régimen capitalista estadounidense mientras el otro a la “lucha de clases” marxiana cuya mala-interpretación ha dado origen al comunismo. Si alguien, sigue dudando de la completa desaparición del comunismo, quizás deba voltear su mirada hacia China.

En materia de seguridad pública, las contribuciones de Foucault al estudio de los poderes de Estado y la defensa de la soberanía han sido variadas. Con un estilo recursivo y cíclico, el filósofo francés nos permite comprender la lógica del poder y la estructuración de los imperios. En efecto, la fragmentación de los Imperios no sólo da lugar a nuevas estructuras que toman sus valores principales y los revitalizan forjando así una nueva invención de su propia identidad, sino que además basan su solidaridad política en concordancia a

una vieja rivalidad dada en tiempo y espacio. Veamos, sumariamente como la conformación del Imperio Romano –tras la coronación de Octavianus- sucede luego de largos años de lucha civil entre populares y aristócratas, mismo ejemplo puede observarse, en la conformación del Imperio Español y la lucha entre católicos y musulmanes, o el Británico y la sangrienta refriega entre protestantes y católicos. Sin ir más lejos, Estados Unidos antes de su consolidación como potencia en el mundo, se ve sumergida en una cruel guerra civil entre Norte-Sur como Rusia entre mencheviques y bolcheviques. Luego de la victoria de una facción sobre otra, surge un nuevo mensaje, una nueva narración histórica que toma ese conflicto bipolar y lo homogeniza creando lo que los antropólogos llaman uni-culturalismo; si se quiere en una clase de apología judeocristiana del bien y el mal. Este acto fundador tiene dos dinámicas, por un lado exagera ciertos valores sociales por lo general vinculados a la bondad, la fiabilidad, el trabajo de la tierra y la salvación mientras que por el otro borra de un plumazo el discurso del vencido. En algunos casos, el discurso del vencido puede ser invertido y convertido en objeto “fetiché” para recordar la propia grandeza. Por ejemplo, los Estados Unidos han basado, a lo largo de los años y una vez que finaliza la Segunda Gran Guerra, su discurso político en base a la demonización de aquellos que en el campo de batalla fueron sus enemigos, los nacionalsocialistas, reivindicando para sí la gloria de haber librado al mundo de tal “maldad” y exageran los crímenes de lesa humanidad cometidos en los campos de Exterminio (que no huelga decir fueron reales); miles de Films, poemas, y otros mecanismos discursivos apuntan a estimular la emoción por la tragedia que significó el asenso de los Fascismos europeos, pero misteriosamente no consideran de la misma forma a los bombardeos nucleares en población civil en Hiroshima y Nagasaki (y ello no fue menos real). La narrativa histórica obedece a la hegemonía de los vencedores y a su ley. Misma relación puede hacerse en “la colonización española en América” en donde miles de discursos subalternos quedaron en el olvido bajo un completo manto de silencio. Bajo ninguna forma, Foucault ha reivindicado el surgimiento de los fascismos ni mucho menos una idea de anarquía ético-moral como le crítica R. Scruton.

Por el contrario, los aportes de Foucault permiten comprender –desde una perspectiva cabal- todas las facetas del poder. El discurso ideológico se arma por medio de la unificación que conlleva un estado de caos o conflicto previo. Pero esa construcción unificada necesita del caos, lo proyecta y dirige hacia su exterior, hacia el enemigo, hacia otros territorios. En ese acto de nuevo bautismo, que no es otra cosa que la conquista, el Imperio se expande y para sí reivindica la gloria del Imperio que lo ha precedido. Llega un momento que por limitaciones demográficas, físicas o económicas la expansión de ese imperio se detiene, y en consecuencia implosionan sus bases desplazando el conflicto desde el exterior hacia el interior. Resurge la vieja lucha bipolar que había dado nacimiento –como prerrequisito indispensable- al imperio pero en este caso no como indicador de grandeza sino de colapso. Las fronteras exteriores comienzan a debilitarse, y los dominados –bajo la dialéctica descrita por Foucault- se convierten en dominadores para que el ciclo comience nuevamente. Los invasores, finalmente, harán colapsar la estructura y se fusionarán culturalmente hasta el grado de crear un nuevo uni-culturalismo, una

nueva imagen, y un nuevo discurso. Es, ni más ni menos, esta es la dinámica que se ha dado entre Roma y El Medievo, entre el mediterráneo helénico-romano y el mundo germánico de la modernidad. Los destinos del mundo moderno se presenta como inciertos, como quizás se presentaban a los ojos medievales, empero la exactitud de la teoría foucaultiana en el análisis macrosociológico del poder es, a nuestro juicio, indiscutible.

Referencias

- Foucault, Michel. (2001). *Defender la Sociedad*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Hobbes, Thomas. (1998). *Leviatán o la materia, forma y poder de una República Eclesiástica y Civil*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Maquiavelo, Nicolás (2006). *El Príncipe*. Buenos Aires, Losada.
- Luhmann, Niklas. (1995). *Poder*. México, Universidad Iberoamericana.
- Scruton, Roger. (2001). *Cultura Para Personas Inteligentes*. Barcelona, Península.
- Spinoza, Baruch de. (2005). *Tratado Político*. Buenos Aires, Quadratta.